

## Los pasos perdidos de Milagros de la Torre

Mauricio Molina

*Os digo, pues, que la vida está en el espejo,  
y que vosotros sois el original, la muerte.*

César Vallejo

Las imágenes de la fotógrafa peruana Milagros de la Torre, reunidas bajo el sugerente título de *Los pasos perdidos*, participan de una antigua tradición fotográfica: la búsqueda de huellas y de trazas, el encuentro con la evidencia criminal. La novela de detectives y la nota roja privilegian los objetos usados por los criminales y por los suicidas. Curiosidad fetichista, al fin: quien se adentra en el significado de estos objetos encuentra nada menos que el aquí y ahora de la situación criminal.

Como es sabido, los hechos, tan pronto ocurren, se convierten en meras interpretaciones.

Milagros, sin embargo, ha ido en busca de los hechos mismos, de modo que sus fotos se convierten en ecos del hecho originario. Milagros de la Torre no interpreta: descubre, mira. El arte del vidente, que es el del fotógrafo, rara vez encuentra a su poeta. Milagros de la Torre ha hecho de la videncia, del “mirar lo que está debajo”, el *leitmotiv* de sus fotografías.

La vida de los objetos de Milagros nos recuerda, como en el poema de César Vallejo que citamos al principio de este texto, que nosotros no somos sino el pálido reflejo de su experiencia intensa. El vestido manchado de sangre, la máscara del criminal, la bandera con el emblema de la hoz y el martillo del guerrillero, las balas que aún huelen a pólvora, la identificación falsa, la carta de amor que se convierte en evidencia, el cinturón con que se ahorca el suicida... Todos estos objetos, como fósiles, no son meras claves de nota roja o de novela detectivesca: su milagro va más allá: el aura de estos objetos se encuentra presente, brilla en toda su intensidad, como un astro sin atmósfera.

La pertinencia de la interpretación sociológica, jurídica y política de estas fotos es evidente. Sin embargo, me gustaría mirar estas imágenes desde otro lado: el del asombro, el de lo siniestro. La lente de Milagros de la Torre descubre la sorpresa de los objetos capturados en situaciones atípicas. Al extraer estas camisas y cucharas, estas banderas y estas balas de su expediente criminal, los objetos adquieren una cualidad mágica. Es sabido que, en ciertas culturas primitivas, el cuchillo y la herida, una vez separados, siguen teniendo una extraña relación invisible. Lo mismo ocurre con el cinturón usado por el suicida de la foto de Milagros. El cinturón deja de ser un mero objeto de uso, una simple mercancía, para convertirse en un objeto pleno de reminiscencias teológicas y significaciones metafísicas: ahí está la vida del muerto, el eco del dolor y del espasmo, la tráquea rota, los esfínteres abiertos. Si el alma existe, debe de encontrarse en los objetos que dejan los muertos y los criminales: en la mancha del vestido ensangrentado, en las balas que no fueron disparadas por el asesino, en la bandera que representa los ideales, en la “carta de amor con faltas de ortografía” que tanto admiraron los surrealistas.

Buceadora de los archivos olvidados de su Perú natal, Milagros de la Torre extrae sus imágenes del archivo de cuerpos del delito del Palacio de Justicia de Lima, Perú. Estos objetos, afirma la artista, “fueron testigos de historias, evocan pasiones que hablan de situaciones extremas de la experiencia humana”, y más adelante nos dice que estas fotos nos llevan, indiscutiblemente, a individuos y nos ayudan a imaginar sus conductas misteriosas, sus pasados, sus pasiones, sus formas de pensar, sus estados mentales, sus sentimientos: “un retrato del misterio que existe en cada uno de nosotros”.

En una era vacía, donde el individuo sólo existe en serie, fotografías como éstas nos ayudan a encontrar la escena originaria, el lugar del individuo, su terrible ternura, su condición a menudo atroz. Sólo en situaciones extremas es posible captar el enigma del individuo en todo su potencial metafísico, espiritual. Las situaciones límite ayudan a comprender al individuo trascendente, sea éste un asesino, un suicida o una mujer asesinada, y sus objetos, como reliquias sagradas, nos ayudan a encontrar lo real en su más temible fulgor.

Los surrealistas descubrieron que los objetos hablaban, tenían un sentido profundo. Tal es su magia. Como una arqueóloga del presente que descubre el estupor de los objetos sorprendidos después del crimen, Milagros de la Torre nos enfrenta a un documento de profunda humanidad. Basta con separar de su contexto a una cosa para que ésta se convierta en algo denso, cargado de una profundidad paradójica. Cuanto más cerca se observa un objeto, éste nos mira desde una mayor lejanía: hay en él una discreción profunda; es como si estas cosas se negaran a cooperar y nos miraran, presas en el nitrato de plata, con profunda ironía.

Milagros de la Torre nos acerca, gracias a la magia óptica de la fotografía, al objeto en su estupefacta condensación. Y más allá, están el crimen, el asesinato, el suicidio, la transgresión, en suma, la muerte.

Ninguna relación es más perturbadora que la que existe entre los vivos y los muertos. Este vínculo se puede encontrar en las cosas que dejaron los difuntos, en su difuso legado, en las nunca ciertas (e)videncias. Las fotografías de Milagros de la Torre nos acercan a ese universo nebuloso en el que vivos y muertos encuentran el umbral de un contacto: imágenes incandescentes que nos llevan al límite del crimen, la violación, el asesinato, pero sobre todo al límite de la existencia.

Milagros nos recuerda, con sus *Pasos perdidos*, que somos sobrevivientes, y ése es el valor fundamental de sus imágenes: ver el corazón oculto de las cosas, que no es otro que el lado oculto de nuestra propia, precaria, condición humana.

Texto publicado en *Luna Córnea 12. La noche*  
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1997.